

luego el ideal de *cristiandad* en favor de una Iglesia que evitara el contagio con instituciones sociales y políticas; son los mismos que hoy observan la crisis de la civilización occidental, especialmente doloridos por el desamparo en que ha sumido a tantos hombres su apartamiento de Dios. Son hombres que recibieron una formación en la fe que era sólida en los contenidos, aunque quizá resultara deficiente en las maneras; son ellos quienes acusaron en su propia carne la renovación de la teología y de Iglesia sin tener, en muchos casos, los recursos espirituales necesarios para no sufrir ellos mismos una honda crisis intelectual. Inevitablemente acuden a su mente las grandes verdades y los rectos afanes de su juventud; pero no saben sintetizarlos de un modo *católico* con los nuevos panoramas que se han abierto dentro de la Iglesia mundial.

Así el Autor detecta inteligentemente que la Iglesia debe volver a sus principios, pero no cae en la cuenta de que esa tarea ha sido y es permanentemente válida, y que responde al principio de *tradición* y de *fidelidad*; subraya la necesidad del cristocentrismo, pero desconfía de la asistencia del Espíritu a la Iglesia de Cristo; suspira por el advenimiento de una mística popular (*exotérica*), pero es insensible al aprecio que las masas de fieles sin conocimientos teológicos —los *po-bres* evangélicos— tienen de hecho por la santidad de sus Pastores. Por todo lo dicho, esta obra se haya impregnada de cierto aire trágico, y su Autor, como los protagonistas de las grandes tragedias, merece ser contemplado con benevolencia. Pero la benevolencia no está reñida con la verdad, y la verdad es que este libro de Biser casi sólo tiene un aspecto valioso: la multitud de citas filosóficas y literarias —casi todas profundas— que enriquecen su discurso y atestiguan la amplia cultura del Autor.

J. M. Odero

SAGRADA ESCRITURA

Joseph A. FITZMYER, *Scripture, the Soul of Theology*, Paulist Press, Mahanaw 1994, 128 pp., 13, 5 x 20.

Son tres los rasgos que hacen actual e interesante un libro breve como éste. En primer lugar, el tema. A lo que pueda deducirse del título debe añadirse que el libro es una explicación en muchos puntos del reciente documento de la Pontificia Comisión Bíblica «Sobre la interpretación de la Biblia en la vida de la Iglesia». En segundo lugar, el destinatario. El origen del libro son unas conferencias que dictó el profesor Fitzmyer en el Newman Theological College de Edmonton en Canadá. Por eso, aunque trata de un tema especializado, no está dirigido a especialistas. Le será especialmente útil al intelectual que quiera conocer cómo se puede interpretar la Sagrada Escritura en el marco de las ciencias humanas, pero también el teólogo y el exegeta podrán aprender de su lectura. Finalmente, el autor. Al igual que en otros trabajos anteriores de carácter divulgativo (cfr. «Responses to 101 Questions on the Dead Sea Scrolls»), Fitzmyer consigue que la sencillez de su exposición no se torne nunca superficialidad. Con estos presupuestos, una breve descripción de sus contenidos, especialmente de los capítulos primero y tercero, podrá ofrecer una muestra de la validez de estos juicios iniciales.

El primer capítulo lleva por título, «El acercamiento contemporáneo a la Escritura» y trata del método histórico-crítico aplicado a la Escritura. En pocas páginas el autor resume el origen, el desarrollo del método y una breve descripción de las fases que conlleva su aplicación. Después, se detiene en un análisis de los problemas que puede presentar su aplicación si no se libera al método de los presupuestos filosóficos que alguno de

sus fautores —especialmente R. Bultmann— aplicaron a la Sagrada Escritura. A este respecto, Fitzmyer piensa que la presentación que él mismo hace del método no está gravada por esos presupuestos contestados por muchos exegetas y teólogos. Con todo, aquí se presenta, a mi entender, uno de los temas más recurrentes del volumen: la necesidad de comprender los textos de la Escritura en el marco en que nacieron y, por tanto, desde el presupuesto de la aceptación la revelación de Dios en la Historia y de su intervención en ella. Esta posición del autor reviste en ocasiones fórmulas pedagógicas conseguidas. Por ejemplo, cuando explica brevemente (cfr. p. 24) el n° 19 de *Dei Verbum*. Para entender los evangelios hay que tener en cuenta tres etapas: lo que hizo y dijo Jesús de Nazaret (años 1-33), lo que sus discípulos predicaron de él (años 33-65), lo que los evangelistas escribieron sobre él (años 65-95). Establecer la adecuada relación de la segunda etapa con las otras dos ha sido, y sigue siendo, la tarea fundamental de la exégesis en el último siglo; confundir la tercera etapa con la primera es la vía elegida por el fundamentalismo.

El segundo capítulo está dedicado a una breve exposición de otros modelos de acercamiento a la Escritura que se han dado en los últimos años: el literario, el narrativo, el retórico, el canónico, el sociológico, el feminista, etc. Sin embargo, Fitzmyer advierte que ninguno de estos acercamientos es completo por sí mismo, por lo que deben ser entendidos como complementarios de la metodología histórica.

El título del tercer capítulo, «La Escritura, fuente de la teología», señala que estamos de nuevo ante un tema complejo en el que entran diversos factores: la relación entre la Escritura y la Tradición, la relación Escritura-Iglesia,

y finalmente, el presupuesto fundamental del capítulo: la función de la Escritura en la Teología. A lo largo de estas páginas se recoge la doctrina de los sentidos bíblicos y se invoca de nuevo el problema del fundamentalismo; en este marco, el autor no deja de apuntar la actitud del Magisterio desde León XIII, pasando por Pío XII y el Concilio Vaticano II, preocupada por fundamentar la exégesis en el sentido buscado por el autor sin ceder a una interpretación puramente espiritual de los textos bíblicos. En este contexto el autor apunta la novedad que supone la *paradosis* neotestamentaria que fundamenta, en cierta manera, la posterior interpretación de los textos sagrados. A continuación con la expresión *norma normans non normata* aplicada a la Escritura, se intenta esbozar el papel de ésta en la teología. A este respecto, el lector aprende más de los juicios de Fitzmyer sobre otras obras o autores que de la exposición de sus propios criterios. Así, no comparte la opinión de quienes entienden la teología bíblica de manera descriptiva y la teología sistemática de manera normativa; recoge las ideas de Rahner (cfr. p. 82ss.) en su conocido artículo sobre «Exégesis y Dogmática» donde el teólogo alemán recordaba a los teólogos dogmáticos que su exégesis en teología dogmática debería ser convincente para el especialista en exégesis, pero, de la misma manera, apunta que Rahner, en la práctica, nunca realizó tal operación. A su juicio sí lo han hecho W. Kasper y E. Schillebeeckx aunque, a propósito de este último, apunta que su dependencia excesivamente grande de los exegetas protestantes alemanes hace difícil compartir sus conclusiones. Juicios muy semejantes se encuentran después a propósito de obras de G. O'Collins, D. Kendall, o H. Küng.

El último capítulo, «La Escritura, puente para el ecumenismo», tiene un

carácter más personal. Fundamentado en sus experiencias en diversos comités de diálogo ecuménico, Fitzmyer apunta los valiosísimos resultados a los que ha llegado ese diálogo en materia bíblica —ediciones ecuménicas de la Biblia, monografías, etc.—, anotando la validez de ese camino para posteriores acciones que inviten a la unidad de la Iglesia.

El volumen viene acompañado de tres índices: de textos bíblicos, de tópicos estudiados y de modernos autores citados. Ciertamente, el tono expositivo de la obra no puede atender a matices en cada una de las afirmaciones. Con todo, no falta una buena bibliografía con la que el lector podrá profundizar en los temas que juzgue necesario. En estas condiciones, la obra constituye una buena iniciación al tema planteado en el título.

V. Balaguer

J. M. ABREGO DE LACY, *Los libros proféticos* («Introducción al estudio de la Biblia»), ed. Verbo Divino, Estella 1993, 300 pp., 15 x 23.

El libro corresponde al volumen cuarto de la colección «Introducción al Estudio de la Biblia» y, por tanto, tiene las características de esa obra que quiere ser un manual para los que se inician en los estudios bíblicos y un libro de consulta claro para quien desee una formación básica y actualizada. En este sentido refleja las cualidades pedagógicas del autor que a los años de investigación une otros tantos de docencia. Como es lógico no pretende aportar novedades llamativas, sino únicamente presentar los datos suficientes para que el lector, ordinariamente el alumno de teología de seminarios o facultades eclesiásticas, encuentre andadero el acceso a la lectura directa de los libros proféticos.

En la distribución de los temas el A. ha preferido el orden cronológico, y no el canónico de los libros, acomodándose así al modelo de las introducciones bíblicas de los últimos cuarenta años. Así pues, el libro se divide en cuatro partes: I. El fenómeno profético; II. Profetismo en el siglo octavo; III. Profetismo en el siglo séptimo; IV. Profetismo en el siglo sexto y posterior al destierro; V. Significado de los profetas bíblicos. La misma formulación de los enunciados —*profetismo*— refleja el interés por el fenómeno profético, y la decisión de despegarse del estudio de los libros tal como nos han llegado y de no cerrarse en el estudio de la persona de los profetas, autores de los oráculos. Esta opción conduce a separar las partes de algunos libros, como el de Isaías, Zacarías, etc. Cada vez parece más conveniente estudiar los libros en su conjunto, y presentar las distintas hipótesis sobre la formación de los mismos.

La primera parte estudia el profetismo en la doble vertiente, como acontecimiento histórico y como expresión literaria. Al acontecimiento histórico se dedican los dos primeros apartados de este capítulo: en el primero se presentan los fenómenos proféticos que se dan fuera de Israel, y en el segundo el profetismo israelita. Es un estudio sencillo y correcto de los datos conocidos hasta la fecha. Por el método elegido, se ha evitado describir el perfil del profeta, limitándose a esbozar la *historia* del término *nabí* y del fenómeno profético (pp. 33-34). Nada se dice tampoco de la naturaleza del profetismo ni desde el punto de vista sociológico o psicológico —personalidad, cualidades, etc. del profeta—, ni desde el punto de vista teológico, como podría ser el carisma profético, la acción específica del Espíritu en los profetas, la finalidad teológica de la profecía, etc.